

EXTRA

ansia primaria

BRIAN ALDISS

GALAXIA
Ciencia Ficción



James Solent era un joven normal... normalmente reticente, normalmente deportista, normalmente de buena casta. ¿Qué diablos fue lo que lo dominó, se posesionó de él para que se fuese de juerga toda la noche, pero de juerga fenomenal, con una persona casi totalmente desconocida?

El señor Solent tenía un E. R. (Un Registro Emocional). Lo mismo le sucedía a la misteriosa dama.

Y de igual manera, en breve, estaría cada habitante de las Islas Británicas.

Aunque mucha gente visionaba alarmada la situación (bueno, resulta algo enervante, si se piensa en ello con atención) había quienes opinaban que nada, absolutamente nada, podría conmocionar el antiguo y bueno «status quo».

Ambos grupos se equivocaban.

NOTA DEL AUTOR

Al igual que sería difícil —y fatuo— escribir una historia del arte del siglo XX sin mencionar a Picasso, he hallado imposible dibujar este bosquejo de la vida contemporánea sin mencionar cierto número de pilares sobre los que se asienta nuestra sociedad, desde el señor Jack Solomons hasta el mariscal Jefe del Aire Dowding; tengo la suficiente presunción de imputar a alguna de estas figuras públicas opiniones sobre las materias hipotéticas contenidas en mi novela. Una víctima particular es el señor Aldous Huxley, quien me ha permitido amabilísimamente tomarme con él esta libertad. ¿Puedo rogar a los otros pacientes que sean igualmente indulgentes, recordándoles que tal es el precio de la fama y *semel insanivimus omnes*? Claro que comprendo que sus actuales opiniones apenas fallarán en diferir de estas que les he asignado. Pero su presencia aquí, aunque sea ésta bien involuntaria, me presta una especie de apoyo moral ahora que me veo sumido en tan procelosas aguas.

La misma búsqueda de líneas vitales me ha obligado a emplear en mis páginas un buen número de mercancías con marcas reconocidas. Consiguientemente, deseo dar las gracias a los fabricantes de Alfombras Kosset, Odo-ro-ne, Mermelada Cooper's Oxford y a varios constructores de automóviles por el sentido de seguridad que sus productos me han proporcionado.

Igual ocurre con las instituciones. Los Harlequins, el Gobierno británico y la National Book League son verdaderos

y por una vez me alegro de que lo sean. Pero los representantes del Gobierno inglés que aparecen en estas páginas no son reales; mi ministro de Sanidad, por ejemplo, no tiene ninguna relación pasada, presente o futura con el ministro de Sanidad; por esto también uno puede sentirse agradecido.

Aceptadas todas estas aseveraciones, los personajes de este libro son de ficción y con certeza no tratan de representar a nadie vivo o muerto; las instituciones en él son puras entes de ficción; las acciones y opiniones descritas y atribuidas a estos personajes o instituciones son imaginarias; incluso el tiempo es demasiado bueno para que sea de verdad. Sin embargo, se ruega a los lectores que no se olviden ni un momento de los siguientes versos de Jorge Santayana:

*Incluso sueño tal sueño y lo sé del todo bien.
Mi paso de paseo transcurre como un hechizo de medianoche.*

*Pero no sé si mi soñar transpiró a través de
Las profundidades del cielo y del infierno.
De todo lo que quisiera saber, lo sé todo, excepto esto:
La verdad es un sueño, a menos que mi sueño sea cierto.*

B. W. A.

INTRODUCCIÓN

JAMES SOLENT era un joven normal... normalmente reticente, normalmente deportista, normalmente de buena casta.

¿Qué diablos fue lo que lo dominó, se posesionó de él para que se fuese de juerga toda la noche, pero de juerga fenomenal, con una persona casi totalmente desconocida?

El señor Solent tenía un E. R. (Un Registro Emocional). Lo mismo le sucedía a la misteriosa dama.

Y de igual manera, en breve, estaría cada habitante de las Islas Británicas. Aunque mucha gente visionaba alarmada la situación (bueno, resulta algo enervante, si se piensa en ello con atención) había quienes opinaban que nada, absoluta mente nada, podría conmocionar el antiguo y bueno «status quo».

Ambos grupos se equivocaban.

Había una cosa, los negocios (toda clase de negocios) prosperaban. Los ingresos turísticos dieron un terrible salto ascendente. Incluso se aceptó la psiquiatría.

Y las repercusiones internacionales fueron enormes. Los puritanos del Kremlin expidieron frenéticos comunicados negando todo conocimiento de este nuevo invento... una inversión en sus habituales maneras de ser de graves consecuencias. Los japoneses se pusieron a trabajar en un modelo más barato... sombría amenaza al comercio ¿y quién sabe a qué más? América no fue in formada. Los suizos invitaron alborozados al resto de Europa a participar... en

Suiza, claro. Oriente permaneció inescrutable. Mientras que Inglaterra, que lo había aceptado e impuesto su uso obligatorio en las islas, vio como el mundo se ponía a la escucha.

PRIMERA PARTE

UNA UTOPÍA PUTATIVA

«Ardemos» (Título de un poema de Marie Stopes)

I

UNA ZORRA CON COLA

Para Londres aquello era una de esas veladas cálidas de julio en la que el cerebro humano se ve abrumado por la preocupación de las palmas de las manos húmedas, as cejas mojadas, los sobacos sudorosos, Sudando a porrillo, James Solent salió del calor inmóvil de Charlton Square. Llevándose a la frente el periódico plegado, en un raro gesto defensivo, bajó los escalones del remolque gris hasta la hierba y se detuvo. La puerta del número 17, en donde vivía, le hizo un gesto; pero compitiendo con el deseo de ir y de esconderse había otra ansia de escuchar lo que tres hombres próximos decían.

—Tan enorme imposición no puede sólo caer en la indiferencia del electorado político —decía uno.

El segundo, falto de palabras para expresar lo que pensaba de este sentimiento rezongó de manera inmoderada.

—¡Cáscaras! —exclamó el tercero—. Ya oyeron lo que dijo el ministro de Salud el otro día: esto es lo que se necesita para devolver a la vieja Inglaterra su antiguo sentido de la dirección.

Le tocó el turno al primer hombre de romper en una risa burlona. Viendo a Jimmy plantado cerca, se volvieron para mirarle la frente con curiosidad.

—¿Qué tal se siente, compañero? —le llamó uno de ellos.

—Realmente no se nota nada —contestó Jimmy y se apresuró a cruzar la plaza con su periódico semilevantado. Entró en el número 17. Desde el vestíbulo pudo oír a la señora Pidney, la patrona, adormiladamente utilizando los cacharros de cocina. El resto estaba silencioso. Tranquilizado, Jimmy se quitó el papel, revelando el disco en la frente, y subió hasta el compartimiento que compartía con su hermano. Por fortuna, Aubrey Solent había salido, trabajando tarde en el BIL; lo que indudablemente ahorró a Jimmy una escena molesta. Aubrey había madurado extrañamente quisquilloso, en especial en las últimas semanas.

El apartamento contenía las ordinarias comodidades, una cocinita, una sala de estar (con comedorcito), el gran dormitorio de Aubrey y la habitación más pequeña de Jimmy. Todo estaba tan aseado que el disco con su funda brillante de larga duración que yacía en mitad de la alfombra parecía haber sido colocado allí a propósito. Esquivándolo, Jimmy entró presuroso en cuarto y cerró la puerta.

Durante un momento repicó con los dedos sobre el panel una conocida melodía. Luego cruzó hasta el espejo y se miró. El traje que Harrods le había hecho antes de que empezara su nuevo trabajo en enero comenzaba a sentarle mejor, más propio de su persona; por lo demás tenía veinticinco años, su pelo pardo estaba lo suficientemente rizado, su rostro era redondo pero no feo, su barbilla ni agresiva ni indecisa. Todo, de hecho, se dijo a sí mismo, suspirando, era alarmantemente vulgar.

—Oh, tú, el hombre medio de todo —se dirigió a sí mismo, improvisando, como hacía con frecuencia, una oración rimada—. Oh, tú, de altura media, sobrepasado por gente más alta, que sobrepasas a gente más baja... un destino medio que uno podría tomárselo ciertamente a broma.

Un rasgo sólo no era en absoluto, bajo todos los conceptos, definitivamente ordinario: el círculo brillante, de tres centímetros y medio de diámetro, fijo permanentemente en el centro de su frente. Hecho de un metal que

parecía acero inoxidable, su superficie era ligeramente convexa, de modo que daba una vaga y distorsionada imagen del mundo ante él.

Bajo ningún concepto parecía enfermizo. En realidad, tenía un aspecto bastante noble, como una estrella en la frente de un caballo. Prestaba un toque de distinción a un rostro vulgar.

Jimmy Solent se quedó plantado unos minutos ante el espejo del armario, mirándose y, viendo a través de sí, el futuro. Era aquel un momento para maravillarse: se había lanzado de cabeza a un período en donde arrojarse o no era la pregunta acuciante. Fue uno de los primeros en lanzar se y el sello de la precipitación lo tenía sobre sí mismo. Su preocupación se vio desvanecida gradualmente por el ladrido del altavoz en la plaza exterior. Quitándose la chaqueta, Jimmy se acercó a la ventana. Su aspecto desde aquí resultaba generalmente menos interesante, menos respetable, que desde las ventanas del dormitorio de su hermano Aubrey. Estas daban a la parte posterior de las casas, en donde la gente iba desaliñada, siendo ella misma; la ventana de Jimmy, en la parte delantera de la casa, miraba perpetuamente y con fijeza a las fachadas, en donde la gente adoptaba sus rostros públicos y falsos.

Ahora, sin embargo, había vida en la plaza. Esta semana, un gran remolque gris tan tranquilizadamente similar a las unidades móviles radiográficas, estaba plantado en la crecida hierba bajo los árboles. Una cola de hombres y mujeres, la mayor parte en atuendo veraniego o mangas de camisa, aguardaba paciente su turno para entrar en el remolque. A intervalos de cinco minutos, salían uno a uno por el otro lado, generalmente manteniendo un periódico, un pañuelo, o un sombrero sobre sus frentes, desapareciendo sin mirar a derecha o izquierda. Unos cuantos espectadores vagaban por allí, curioseando por la cola: mientras que a principios de semana hubieron también operadores cinematográficos. Desde la ventana del dormitorio —¡des-

de la seguridad!— todo pareció bastante cómico: a la vez irreal y típicamente inglés. Jimmy encontró difícil comprender que había sufrido el mismo proceso sólo veinte minutos antes; tal y como el gobierno había prometido, su frente no le dolía en absoluto. Aunque se la hurgó de manera experimental, el disco ni se movió ni le hizo daño. En realidad, las maravillas de la ciencia moderna eran fantásticas.

El hombre encargado del altavoz, acalorado y aburrido, no hablaba por su micrófono de manera adecuada. Sólo frases ocasionales eran inteligibles. Un pedazo sonó como: «somos libres presentándonos aquí en un estupendo y viejo estado»; debía estar diciendo algo igualmente rimbombante, como «ciudadanos más libres de un estado mejor».

—... Seguridad del gobierno... muchos doctores eminentes están de acuerdo... nada excepto saludable... lejos de ser una ofrenda a la modestia nacional... las máximas afirmaciones... sin gastos... sólo una operación de menor importancia...

La voz siguió murmurando como una nube de abejas y la operación menor resultaba una operación mayor que ocupaba todo el país: porque los remolques grises estaban aparcados ahora en el centro de cada ciudad y pueblo desde Penzance a John O'Groats. Toda la población era potencialmente colista. Jimmy se apartó de la ventana.

Alguien se movía en la sala de estar. Jimmy se enderezó la corbata. Era improbable que fuese Aubrey, pero Jimmy llamó:

—¿Eres tú, Aubrey? —Y salió a ver.

No era Aubrey. Era la novia de Aubrey, Alyson Youngfield, sí el nombre de «novia» puede utilizarse aquí de manera ambigua. Se había quitado sus guantes veraniegos y se abanicaba con la funda del microsuro abandonado. El rostro de Jimmy se iluminó al verla.

—Vendrá tarde esta noche, Alyson —di a esta encantadora criatura que se instalaba en el diván con la elegancia de un puma. Su belleza adquirió una cualidad especial con

el tiempo de julio; bajo el cabello rubio, su piel parecía madura como el trigo.

—No te preocupes —contestó ella—. En realidad no esperaba encontrar a Aubrey en casa, pero aquí se está más fresco que mi dormitorio. Aquello es un horno por estar bajo tejado. Pongamos un poco de música de alta fidelidad para combatir el calor, ¿quieres?

En aquel instante Jimmy advirtió que ella le miraba a la frente. No le causó en absoluto el embarazo que la mirada de cualquier otra persona le hubiese producido; con placer, se preguntó si un tacto adquirido, o una amabilidad natural hacían que ella, al advertir su mirada, dijese con diferencia:

—Oh, ya tienes el tuyo. Yo iré mañana a por el mío.

Con gratitud, para atraerla a la conspiración, Jimmy respondió audaz:

—¿De verdad? A Aubrey no le gustará. De inmediato se dio cuenta de qué había metido la pata.

—Aubrey, con el tiempo, también llevará uno; ya verás. Nos sobrevendrá con el tiempo —dijo Alyson. Pero lo dijo de una manera rígida, volviendo su rubia cabeza, agitando sus casi immaculados rizos, al mirar por la ventana. Como siempre Jimmy se encontró a sí mismo reflejando lo duro que era calibrar la relación precisa entre ella y Aubrey. Una actualidad seria en Alyson y otra evasiva en Aubrey les hacían a ambas personas no fáciles de cata logar.

—Esta noche voy a una fiesta —le dijo, para cambiar de conversación—. En el BIL, cuartel general de Aubrey; siento que no vengas. Tendré que prepararme pronto.

—No te envidio —dijo Alyson. No obstante lo miró con atención mientras entraba en la cocina. Allí se preparó un bocadillo múltiple (a Alyson no le gustaban estos bocadillos múltiples, puesto que decía que le daba la impresión de ser demasiado última moda), una rebanada de queso de camembert, una cucharada de crema de queso, un poco de manteca y polvo de ajo con ensalada, que tenía en la nevera. Dudando un momento, se sirvió un vaso de Montrachet

seco; no era adecuado para el queso, comprendió, pero le gustaba.

—Ven aquí, Jimmy —dijo Alyson, cuando apareció en la sala de estar con la bandeja.

Él se dirigió de inmediato a donde ella estaba sentada en un diván. La joven llevaba el traje verde con adornos limón que Aubrey le comprase en Dickens y Jones. Por debajo, vestía también una blusa limón, y más por debajo evidentemente muy poquita cosa; por eso, Alyson parecía acalorada. Y, ejem, innegablemente, abrasa dora.

Cambiando de idea acerca de lo que evidentemente iba a decir, Alyson observó:

—Eres demasiado obediente, Jimmy. No debes venir simplemente porque uno te llame.

—Es que tú no eres uno cualquiera, Alyson —dijo él, pero le faltó la necesaria ligereza de tono que requería tal observación. Dejó tristemente la bandeja en la mesita, y se instaló de manera que podía verle los tobillos y las pantorrillas, curvadas como un símbolo contra el regordete fondo del diván. Las pantorrillas, en verdad, eran muy hermosas; y para el joven era como si viese por primera vez el Himalaya. Jimmy se sintió humillado por aquellos monumentos de carne. Luego un poco de color le hizo alzar una mano por delante de su rostro; una radiación rosada la cubrió. El disco de su frente estaba cumpliendo su misión.

Sintiéndose abrumado y complacido, Jimmy jugueteó con su comida. El Montrachet era muy bueno. Se lo bebía a sorbos, escuchando la música del tocadiscos. Una orquesta interpretaba, con un emocionante solo de trompeta, la melodía de moda llamada: «Me haces relucir»; la tonada había tenido suerte; la revista en la que se cantaba llevaba varias semanas de éxitos antes de que el primer ministro hiciese su anuncio sensacional. No obstante, parecía haber sido escrita para la ocasión y trajo una fortuna inesperada a su autor, que se encontró de la noche a la mañana como proge-

nitor de un éxito capaz de permitir enfrentarse a los enemigos que siempre soñó tener.

*Destino decretado
 Tu efecto sobre mí debería ser así:
 No sólo me dejas patizambo.
 Me hace relucir.
 En realidad,
 O cuando todas las luces son bajas,
 Tu toque me inflamará, mira
 Me haces relucir.*

Alyson cerró el interruptor.

—Lo que yo iba a decirte, Jimmy —exclamó, hablando con esfuerzo—, es que me siento abrumadoramente triste ahora. Es la vista de todas esas personas haciendo cola ahí fuera... y por todo Londres... supongo. ¡Son tan pacientes! Nadie parece haber captado por entero los disruptores que son estos E R, estos Luces Norman, como les llaman; ni siquiera la gente que está con a ellas, como ese político, Bourgoyne, creo que se llama.

—No entremos en política —dijo Jimmy—. Ya sabes cómo discutimos siempre. Permanece tan amable como estás.

Aunque esperaba que ella insistiese, la joven no dijo nada, se limitó a mover inquieta sus piernas. Comenzó a cantarrear:

—Me haces relucir —pero se interrumpió como si se diese cuenta de la estupidez de la melodía.

—A veces creo que lo opuesto de la diversión no es el aburrimiento, sino la paz —dijo. Deliberadamente citaba de manera equívoca uno de los carteles corrientes y Jimmy soltó una carcajada.

—No estoy seguro a veces de que el aburrimiento y la paz no sea la misma cosa y —dijo y, después de decirlo, le pareció tonto a Alyson evidentemente.

—Mucha gente siente así —respondió ella—. Quizás, de otro modo, nunca habrían consentido en dejar que manipulasen en sus frentes; están ansiosos de algo que les haga cambiar. Y es bastante comprensible —suspiró voluptuosamente y añadió, extrayendo deliberadamente la malicia de lo que decía—: ¿No recuerdas, encanto, que somos la generación que perdió la guerra?

A Jimmy le gustó aquello. Les colocaba sobre un terreno igual, porque aunque Alyson era la amante de su hermano, tenía la misma edad de Jimmy, con la diferencia de un mes; Aubrey, seis años mayor que Jimmy, había nacido en 1930, perdiéndose por tanto la guerra también, pero él quedaba excluido de la observación de Alyson. Alyson era perceptiva; parecía saber cuándo y cómo Jimmy se sentía incómodo.

—No estés más triste —le aconsejó—. Te hace aparecer tan ganosa de caricias que nadie sería capaz de sentir la menor simpatía hacia ti.

Alyson no respondió. Satisfecho, Jimmy acabó la comida y fue a tomar una ducha. Treinta segundos bajo la regadera fueron suficientes. Se secó con la toalla, se aplicó odorono, se tomó un comprimido de amplex para quitarle los rastros antisociales del ajo y se vistió para la fiesta. Mientras lo hacía, volvió a mirar por la ventana. La cola al exterior del remolque gris no era más corta; las sombras en la plaza sí eran largas.

Estos centros de instalación de E R, para dar a los remolques un nombre adecuado, habían dispersado por la azorada Inglaterra en la anterior mañana del lunes. Ahora se estaba en la noche del miércoles y las 750.000 personas de toda la nación tenían el Registro indoloro y perpetuamente embutido en sus frentes.

La gran conversación, de hecho, había comenzado con el mayor presagio de éxito, Aunque mucho se debía a la cuidadosa campaña del gobierno que precedió al acto conversación, la aparición personal del primer ministro en TV,